



# Ocios y virtudes de Panchita Tapia

*Texto inédito*

Héctor Pérez Martínez

*El 21 de marzo se conmemora el centenario del natalicio de Héctor Pérez Martínez, quien fuera escritor y periodista al mismo tiempo que funcionario público: diputado, gobernador y secretario de Gobernación. De su interés por la historia resultaron, entre otros muchos libros, sus biografías Juárez, el impasible y Cuauhtémoc, vida y muerte de una cultura; como periodista son célebres sus polémicas con Alfonso Reyes (sobre el nacionalismo) y con José Elguero (en torno a frailes y encomenderos), y sus crónicas En los caminos de Campeche. Como funcionario público dijo de él Alfonso Reyes: “en la vida pública de México señala un hito por su alta y ejemplar conducta de gobernante”. La Revista de la Universidad de México celebra el centenario de Pérez Martínez publicando el primer capítulo de la novela Vida, andanzas y martirio de San Melchor Ocampo, que dejó inconclusa.*

Silvia Molina



Trajes mexicanos, México y sus alrededores



Ataque a una diligencia, México y sus alrededores

Muda de ademanes y sumergida en el más umbroso rincón de la diligencia, doña Francisca Javier de Tapia, esta vez, soporta en silencio los botes del carruaje. Hay que ver, a cada sacudida, inclinarse su testa sobre los cojinetes del respaldo que amortigua un tanto los vaivenes. Trae las manos aposentadas, muertas sobre el regazo; los ojos entrecerrados, negando su antigua luz y dulce gesto; la boca —esa boca que otrora soltaba puyas y dicharajos— abierta al vacío, como si se hubiese quedado a media palabra, y en el pecho, antes adornado por opulentos aderezos, una sola cruz de ébano le voltea respondiendo a los saltos de la diligencia.

Doña Panchita trae asombrados a sus acompañantes. Ésta no es la misma ama que en Pateo llena con sus gritos y sus risas las primeras horas del día; ni la que en los establos vigila la ordeña; ni la que disputa en la venta de grano; ni la que arma saraos y jaleos en los que las mozas de la región gustan lucir su oscura belleza tarasca. No. No es ésta la rumbosa dueña de buena parte del

valle de Ma r a vaño; ni la que asombra a la católica ciudad de Valladolid con su genio saltarín; ni la dadivosa clienta de las parroquias citadinas, dotadas, año con año, de candelabros y misas de aniversario, limosnas y mercedes. Ésta no separa sus manos del rosario, y en los grandes intervalos del viaje, en los que nadie osa ni siquiera suspirar, se escucha el susurro de una oración. Y aquella bien que sabía cantar las coplas y los corridos llaneros, decirse del tú por tú con los postillones; regatear en los paraderos y mesones, y en los medios días, cuando el polvo del camino se cuele por las rendijas, amenizar el viaje con infatigables narraciones de vidas de santos, cuentos picantes o piadosas leyendas del terruño.

Ante tal hosquedad, criadas y familiares se hacen c ruces. Nana Petra se embosca tras de su cara aborigen; Marianita no levanta los ojos ni asoma su gesto de chicuela; Prudencio hace honor a su nombre; Esteban tose y tose por distraerse; sólo el postillón y el sota cochero invantan, de rato en rato, una tonadilla para aliviar la jornada:

Aunque tu padre me diera  
los bueyes y la carreta,  
no me casará contigo,  
ojos de borrega prieta...

O murmuran en voz baja, tan baja que se la lleva el viento, el recuerdo que traen de las piernas a torno de una mestiza, quedada allá, en San Felipe del Obraje, aguarda que te aguarda citas de mozos y de caballerangos, tierna y fácil para el amor, humildita como un hogar de indio.

Así, apesadumbrado y silencioso, ha sido todo el viaje. Afuera, en el campo, enero invita a la alegría: florecen en los cerros ocotes y malezas; el cielo es claro y profundo: retozan las bestias en su carrera y no necesitan del látigo para remontar las cuestas, tan llenas de primavera se sienten. El airecillo cálido de la tarde enciende suspiros por algo que no se sabe. Únicamente doña Francisca Javier de Tapia viene adusta e invernala.

Hoy tampoco asoma para ver, pasada Toluca, sobre el cielo, la punta de diamante del volcán; ni prologa sus íntimas y sápidas conversaciones con el elogio a los pescados del río Lerma; ni, lo que es más, se manifiesta temerosa de un asalto a la diligencia. Viene tan dolorida que alguien ha creído ver resbalar unas lágrimas —dos lágrimas pero así de grandes y costosas— por encima de su gesto.

Jajalpa —puente sobre el río—; La Casa de la Pila —subiendo y montuoso; Cuaximalpa —bajando en terreno fiero— anuncia la guía. Desde Cuaximalpa Marianita atisba la imperial Ciudad de México tendida en el valle. En este punto las nubes penetran por las ventanillas. La

La cabeza del cochero se pierde en un vano nubarrón. Las puntas de los cerros están copeteadas de rojo y hacia abajo, la cinta del camino se interna en el verdor de la montaña. Algún brillo de plata conmueve este mundo. La diligencia se inclina en el descenso. Esteban respira con fuerza: ¡Ay, si no fuera por ese humor de Panchita!

Y corre la diligencia por el estrecho camino de Tacubaya. Espérala luego la arquería del acueducto y, solemne, la garita de Belem atiborrada de soldados. Después las ruedas y los cascos van resonantes sobre las piedras.

Pícaros y chulas vuelven la cara con un vago deseo de evasión: esta diligencia que entra así a la ciudad despiértales ecos aborígenes de peregrinación dormidos en la sangre desde que nuestros mayores se detuvieron junto a la laguna adornada con el penacho del águila y el nopal; y alguna secreta envidia sienten por esa mujer que adivinan tendida y semioculta en el fondo del carruaje, y a quien, por Semana Santa, miran llegar a la capital del virreinato.

Sólo que muy poca, pasajera atención dispensan al acontecimiento. El escándalo mayor y más discutido del país consiste en las andanzas del cura de Carácuaro, don José María Morelos y Pavón, azote de las tropas realistas desde que ha levantado la bandera de la guerra dejada en manos sin nombre por la muerte de Hidalgo. Además, tenemos en Palacio a don Félix María Calleja del Rey, un militarote insolente, despiadado y gritón, encarnizado en la pelea. Y el duelo entusiasma a la gente, la hace ponerse absorta, caminar por las calles cambiándose, encubiertamente, ciertos panfletos y coplillas firmadas por el audaz P.M., pues es también un goce adivinar detrás de estas solas letras la picaresca efigie del periodista Fernández de Lizardi, prisionero, perseguido, tenaz, recalcitrante.

De este modo sólo algunos léperos se congregan a la puerta del paradero oliscando la propina. Algún hombre de mollejas procura adelantarse a bajar cofres y atados, en los que la mirada superficial del gendarme y aduanero no acierta a descubrir cierto misterioso bulto de tabaco de tierra caliente, bien envuelto y oculto y que más tarde alguien bien sabido por doña Francisca Javier, chupará, sensual, en las noches maravillosas del valle.

Tiene, no obstante, su zapezarape, contentar a doña Panchita Tapia; mal grado su silencio, él la explota cuando las manos del aduanero hieren los brocados de sus galas. Entonces aquella boca muda apostrofa de “mecos” y “comedores de quelites” a los guardianes del fisco.

Marianita, azorada, encuentra también palabras de protesta cuando algún lépero la soba en la tabaquera. Así, entre pendencias, la caterva de payos se hunde en las calles cuando la noche es un hecho aflictivo.

Bien amplia es la cama y suavécita, propicia al descanso, lo mismo que las almohadas y los cobertores y las



Trajes mexicanos, México y sus alrededores



Trajes mexicanos, México y sus alrededores

sábanas de lino deshilado, albeantes. Y además, hay una tranquilidad adormecedora en la alcoba, una media luz entrecortada por los parpadeos de una “mariposa” puesta al pie de una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. Y, sin embargo, doña Francisca Javier de Tapia no puede dormir. Ya casi los ojos se le cierran; ya está en su postura habitual, casi larvada del dormir; pero en el momento mismo en que toda su naturaleza se inclina al descanso, un latido tremendo en sus entrañas la desvela. Se sienta en la cama. Puede entreverse su figura blanca en lo negro, inmóvil. Escucha el rodar del tiempo; atiende a su propia soledad. Si de improviso encendiéramos la palmatoria, sorprenderíamos unas lágrimas iguales a las lloradas en el coche, rodar amargas de sus ojos.

Doña Panchita recuerda. Recuerda para su mal y su consolación:

Arde Michoacán en la guerra. Pasan tropes de gente hacia la costa; vuelven a los valles; inundan el Bajío. La pólvora se confunde a las nubes; la sangre al





San Antonio Chimalistaca, México y sus alrededores

agua; la carne a la tierra. Flotan banderas y gritos de libertad: ¡Viva Fernando VII! ¡Muera Napoleón! ¡Viva México! Doña Francisca Javier de Tapia llena sus ocios de propietaria acechando noticias. Bien festeja un triunfo de las tropas insurgentes; bien guarda luto por un descalabro. En su hacienda los fugitivos encuentran asilo, palabras de aliento, ropa limpia, dinero. Su nombre es casi una contraseña. Guay de quien en sus dominios se atreva contra alguno de estos desarrapados que vienen de Guanajuato, atraviesan Michoacán y se internan al sur llevando pliegos y noticias; será fulminado por la santa y patriótica ira del ama. Así pasa el tiempo. Cuando la ocasión lo urge, ella misma hace rápidos viajes a Valladolid, de los que regresa ufana a proseguir los cuidados de su llano, la ordeña de sus vacas, la salvación espiritual de sus indios.

¡Qué vida la suya! Heredera de un latifundio ha sido demasiado arisca para dejarse conquistar por nadie. Ella despachó con cajas destempladas a los pretendientes de su riqueza. Por orgullo se ha quedado para vestir santos. Y ya se acerca a los treinta y cinco; ya el cuerpo va tomando curvas y llenándose, adquiriendo una presencia de respeto, de gran tranquilidad, de gran confianza. Francisca Javier es mujer que vale casi un hombre. Francisca Javier es, también, mujer que como un hombre se enamora de las aventuras.

Que lo diga si no esa agitación que se apodera de ella cuando de la sierra baja un indio, llega a Pateo y le entrega un recado de retórica literatura que firma el licenciado Ignacio Alas y quien pide a Panchita un resguardo mientras llega la oportunidad de obrar y en tanto puede curarse de una herida.

Alas es un aguerrido tipo de hombre. Inquieto, patriota, insurgente. Estas tres cualidades bastan para

recomendarle. Panchita es ganada de antemano para la causa de este insurgente “que vagaba por los vericuetos de Michoacán, escapando de la tropa realista que le perseguía por sedicioso y contumaz”. Panchita otorga el asilo y, en la noche, hay misteriosos movimientos de bultos en la casa grande de Pateo.

De cómo doña Francisca Javier y el licenciado Alas se entendieron, es cosa de más retórica aún. Ciertamente que el licenciado poseía un genio movido y sabía platicar como ninguno. Ciertamente que Panchita estaba cada día más llena de soledad. Ciertamente que el licenciado sabía mirar profundo y suspirar en la ocasión. Ciertamente que las tardes eran perfumadas, quietecitas, inolvidables. Pero más cierto es que “ella tuvo relaciones demasiado estrechas con el Licenciado quien, abandonando su vida de hurón en las espesuras de Cópore, descendía a Pateo para estar al abrigo de la propietaria”.

Demasiado seguro fue el abrigo. Tanto, que hubo tiempo para el amor. Amor que puso loca a Panchita y trajo de cabeza hasta a doña Josefa Rulfo, administradora de la hacienda.

Amor. El amor de doña Francisca Javier de Tapia prendió violento fuego. Aquella mujer despertó a él en madura edad; se volvió un torrente de amor. Ella entristecía, se alegraba, charlaba, lloraba, reía: era feliz. Pero una madrugada, al despertar, sintió torpe su cuerpo, hinchadas las piernas, gruesos los párpados. Y comprendió: su amor se complicaba desdoblándose, madurando en un hijo.

Por eso tal tristeza acerba y silenciosa en su viaje a México, en donde, con pretexto de asistir, como todos los años, a las fiestas de la Semana Santa, deja un hijo nacido el 6 de enero de 1814.

Este niño se llamó Melchor Ocampo. **U**